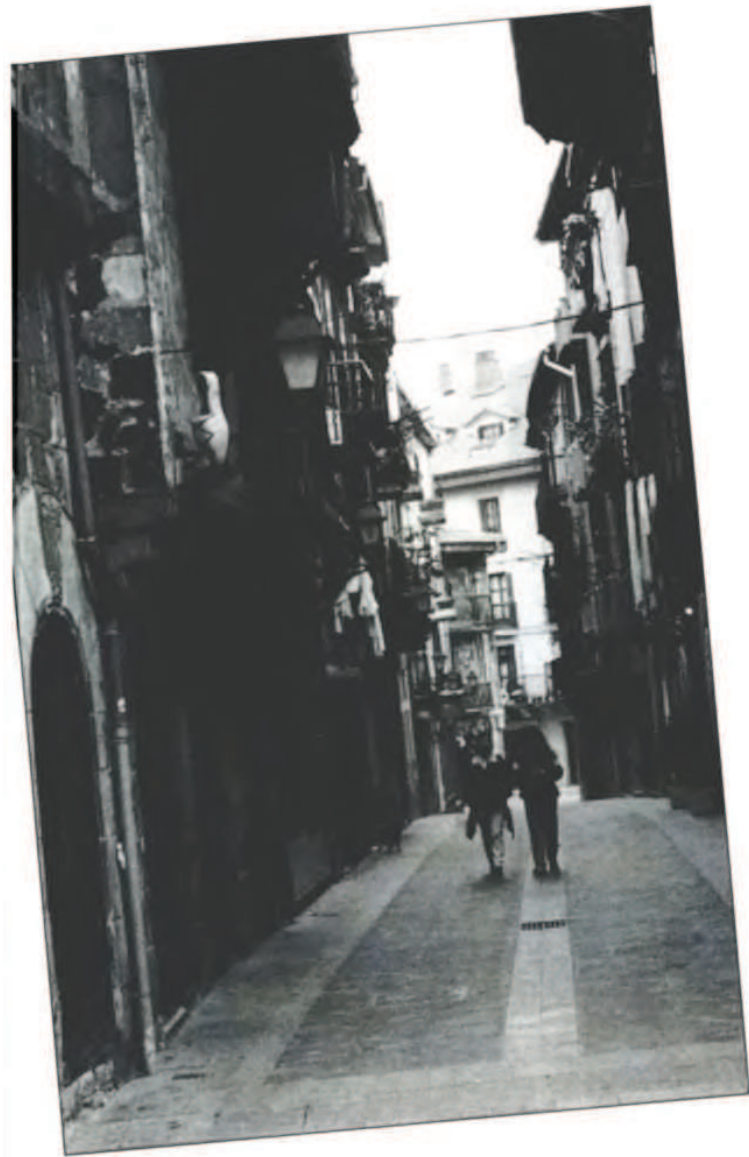


CRÓNICAS APASIONADAS.

María Jesús Magaña Ondartza



Doy un repaso a mi memoria y me aturde el ruido de unos cohetes. "Zorrotz" con su txapela y su chaquetilla azul mahón es el encargado de lanzar los cohetes, es el día veintiuno de julio de no sé qué año. Los críos nos encontramos junto a las escuelas Viteri, frente al "Auxilio Social" y a la Alhóndiga, esperando que salgan los gigantes y cabezudos para seguirles en su recorrido. Unos días antes nos acercábamos a las escuelas para mirar por la cerradura cómo iban los preparativos de limpieza y renovación de barniz para regocijo de la chiquillería. Nos fijábamos si le cambiaban de camisa al gigante o el pañuelo o corpiño a la giganta, y si esos dedos grandes de cartón seguían enteros o estaban deteriorados. Salían de las escuelas precedidos por los txistularis y por la calle Capitán-enea íbamos hasta el Ayuntamiento. Entonces no había esta multitud de ahora ni estos "lanzamientos", el comienzo era distinto. Los allí presentes (nos queríamos más) y las personas mayores se sobrecogían cuando sonaba el Centenario y alguna lágrima se escapaba sin poderla contener, como ahora nos ocurre a nosotros. Los cohetes y las campanas se mezclaban al unísono y don Roberto se asomaba al atrio y asentía con la cabeza a la animación y al jolgorio. Nos esperaban cinco días sin dormir. Luego, el día de Santiago, devolviendo la Santa a su ermita hasta el año próximo, el pueblo volvía a la normalidad y cada cual a su labor.

Nuestro campo de juegos, de nosotros, los niños, era el "Consejo" (Herriko Enparantza) y las escaleras de la iglesia. Jugábamos a canicas, a cromos y a la cuerda delante de la tienda de Patxi Adarraga, que más de una vez nos despachó de su puerta. Por su enclave especial, la zona de la Iglesia-"Consejo"-siempre será uno de los escenarios vivientes del pueblo. Estábamos al tanto de lo que ocurría. Si había bodas, allí estábamos en la puerta. Hemos visto novias con trajes de todos los colores, desde el negro y blanco, hasta el rosa y azul. Si los novios eran de casa bien (no quiero dar nombres) llevaban tarta y echaban calderilla, si eran pobres una bandeja de pastas o galletas y no había perras.

LA VIDA

Por otra parte, la madre no podía ir al bautizo, unos días más tarde hacía la entrada por la puerta pequeña de atrás con una vela para purificarse ¡qué tiempos! Y si había entierros también estábamos allí. Los funerales eran de cuerpo presente y los ataúdes eran llevados a hombros por la puerta grande y sacados por la puerta pequeña. Por la calle Arriba, ¡mira que es empinada!, iban a Gaztelutxo a toda velocidad. Y hablando de entierros, en mi calle hubo uno cuando yo era niña, que fue por lo civil; en aquellos tiempos eso decían. Sin cura ni gente, solamente cuatro individuos portando el ataúd y deprisa, deprisa, como a escondidas, por Mikela-zulo hasta Gaztelutxo para enterrarle en tierra sin bendecir (por rojo). Ciertos actos a esa edad en que todo son preguntas sin respuestas te hacían pensar. Un día en la bodega de Gaspar, estando limpiando las cubas de vino, un barrendero llamado Joshé Mari, el "cashero", perdió la vida debido a la inhalación de gases acumulados y vimos cómo le sacaban entre dos, cubierto con una sábana dejando los pies al descubierto.

Pero también hubo días alegres, como es una boda de postín, de ésas que se recuerdan. Se casaba una hija de Samperio el médico y pusieron una alfombra roja desde el portal de su casa, sita en Santxo-enea, encima de la pastelería Paqui, atravesando la calle Viteri y por la calle Santa María, todas las escaleras de la iglesia, hasta el altar mayor, profusamente adornado de flores. Los hombres de chaqué y las mujeres con pamea formaban una comitiva multicolor por todo el recorrido. Fue un acontecimiento social muy comentado; yo no he visto otra boda igual en el pueblo. Ahora resultaría anacrónico ver estas escenas. Por ejemplo..., la procesión del Corpus sobre una alfombra verde de hierba que echaban los barrenderos por la calle Magdalena o el Viático que llevaba D. Marcos a un moribundo, acompañado de un monaguillo que tocaba la campanilla, tilín, tilín, tilín, tres veces, y los viandantes nos arrodillábamos ipso-facto, o el rosario de la aurora, cuando en los amaneceres de mayo los jóvenes entonaban sus cantos a María. ¡Y qué me dicen del uso de la carraca sustituyendo las campanas en Semana Santa!, llamando a los fieles a asistir a los actos litúrgicos.

Los jóvenes hoy se reirían si les mostrásemos en video estos hechos acaecidos en nuestro pueblo. La bodega del Romeral era testigo de otro acto que nos atraía a la gente menuda: venía asiduamente todos los años una ciega que se acompañaba con un violín que tocaba desafinando ostensiblemente y cantaba unos romances de amores imposibles y muertes vengadoras, con una voz bronca que nos daba un poco de miedo. Llevaba una grandes gafas negras de concha y le guiaba una sobrina que terminada la historia pasaba el platillo y repartía unas hojitas con la letra de los romances. Después nos enteramos que se alojaban en la posada la "Magdalena" que estaba en la casa del Capitán, hoy casa de cultura. Había también

otros personajes excéntricos que pululaban por el pueblo y aquel portal oscuro nos inspiraba temor.

Detengámonos a contemplar otra escena diaria. Apoyado en la pared de su carnicería, Ricardo, con su delantal blanco y su chaquetilla, con las manos en los bolsillos observa siempre, ojo avizor. La alpargata de la zapatería Boni se presta a que unos chavales intenten meter monedas, haciendo ésta de canasta, mientras las obreras del taller en el piso de abajo fabrican alpargatas con las máquinas a tope, tristrás-tristrás. Los hermanos Corostola en el piso de arriba ensayan con sus respectivos instrumentos, violonchelo y piano. Nos dan unos conciertos que a nosotros nos descentran de los deberes del colegio y sirven para distraernos. Recuerdo, también, la tienda de mi vecina M^a Ibáñez, con un barreño lleno de garbanzos en remojo encima del mostrador y las sardinas viejas en la puerta. Al lado de ésta, otra tienda, la de las hermanas Juli y Asun Urkola, con sus dos escaparates con virutas de papel de colorín, botellas de licores y latas de conserva. Creo que pasaban semanas, meses, ni se sabe cuánto tiempo, sin cambiarlos, pues el polvo de las baldas y la luz habían transformado el color de origen de las etiquetas. El gato hacía guardia en la puerta, con la cola enroscada, y la tienda era centro de cotilleo y difusión de noticias.

Pello Olascoaga y Gabino Díez eran los maestros de las carretillas, repartiendo por las tiendas los "coloniales" de Múgica. Más abajo Román Pérez tenía otro almacén de patatas, y el bueno de Joshé Galarza con un saco en la cabeza, a modo de capucha, cargaba los sacos con admirable

paciencia. ¡Qué sentido del deber! La casa del número diecisiete, hoy reconstruida, tenía en el bajo una cuadra de burros, así como en el bajo de la mía, donde metían los susodichos las "casheras" cuando bajaban a la plaza del mercado. Hoy sería impensable ese espectáculo. Como decía, en esa casa vivió la Sra. María, Vda. de Izeta, y en la buhardilla la buena Irene, que nos cuidó de pequeñitas, mientras nuestra ama trabajó en la Esmaltería. Era una casa vieja, llena de goteras, y las escaleras crujían que daba miedo poner el pie. A través de las tablas se veían y olían los animales, pero mejor no acordarse de eso. En el portal de enfrente Modesto Landatxe partía leña, mientras su hija Arantza iba a Mendarte a comprar chocolate para la merienda. En este relato nostálgico faltan muchos nombres que no he olvidado, algunos de ellos ya no están con nosotros, pero siguen vivos en nuestra memoria. ¡Ah!, en las noches de verano, mis vecinos de la buhardilla iban con sus banquetas a ver las "comedias" en la Plaza de los Fueros, armando jaleo por las escaleras. Yo ya estaba en la cama a esas horas. Mientras, en el bar Paraíso, un coro improvisado de "txiquiteros" entonaba una canción ... "Y por las noches, las gotas de rocío, de mis ensueños".

